Bronces de Antaño

Calsamiglia


SIGILLVM UNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS

EDUARDO CALSAMIGLIA

BRONCES DE ANTAÑO...



RENOVACION

30 Cts.

BIBLIOTECA POPULAR

Los Grandes Pensadores

Esta interesante Biblioteca por su meritoria labor de divulgación científica, filosófica y literaria, debe figurar en todas las Sociedades obreras, políticas instructivas y de carácter progresivo y en la biblioteca de todos los amantes de la cultura y el progreso.

TOMOS PUBLICADOS

Víctor Hugo..............	Páginas escogidas.
F. Pí y Margall...........	Las Clases Jornaleras.
Voltaire.....................	Miscelánea Filosófica.
P. J. Proudhon............	La Propiedad.
F. Laurent..................	Crítica del Cristianismo.
Eduardo Benot............	Temas Varios.
Eliseo Reclus.............	El Hombre y la Tierra (frag).
Ernesto Renan y.........	Las Ciencias históricas y las
M. Berthelot..............	Ciencias naturales.
Emilio Zola................	Crítica Social.
J. Mitchelet...............	De los Jesuitas.
Camilo Flammarión......	La Vida.
Diderot	La Religiosa.
F. Lamennais..............	Palabras de un creyente.
P. Kropotkine.............	Palabras de un rebelde.
J. J. Rousseau.............	El contrato social
H. Spencer.................	Creación y evolución.
J. Jaurés....................	El Socialismo.
Stuart Mill................	El utilitarismo.

EN PRENSA

C. Volney..................	Las ruinas de Palmira.
Ch. Darwin.................	El Hombre y su origen.
L. Tolstoy..................	La gran tragedia.
Ch. Dickens................	Los tiempos difíciles.
M. Gorky	Los vencidos.
H. Ibsen.....................	Amor y Odio.

Estos libros constan de 100 a 150 páginas y es muy elegante su presentación. De venta en la Librería de Falcó y Borrasé, 7.ª Avenida, Este, 42. Precio: **50 céntimos** tomo

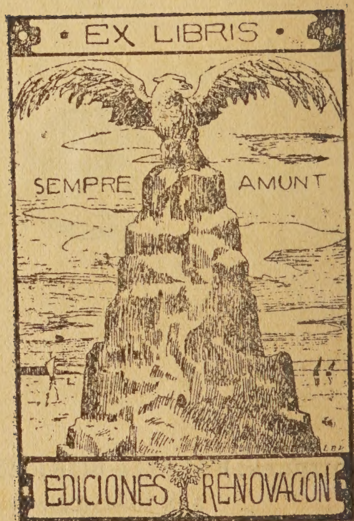
Editorial RENOVACION

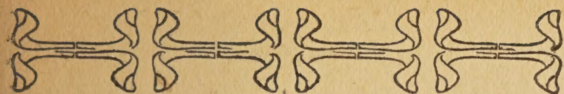
EDUARDO CALSAMIGLIA

BRONCES DE ANTAÑO...



EDITORES : FALCÓ & BORRASÉ : IMPRESORES.
SAN JOSÉ, (COSTA RICA)
1919


EX LIBRIS
SEMPRE
AMUNT
EDICIONES
RENOVACION



EDUARDO CALSAMIGLIA

IN MEMORIAM

Puesto que venía para ello me han dado, héteme aquí escribiendo en la portada de *Bronces de Antaño,* drama heroico de Eduardo Calsamiglia, con que la Biblioteca Renovación enriquece su acervo ya valioso. Bajo la dolorosa impresión que la muerte del cantor dejara en los corazones, tentado estuve de escribir un artículo necrológico; pero reflexiono que las flores del sentimiento que pudiera rendirle como tributo funeral, serían homenaje harto menguado para su noble inteligencia, para su vida honrada y limpia y para aquel festivo espíritu suyo, de humorista delicado y enemigo de plañideros cantos. La presunta corona que con tales flores pudieran entretejerle mi cariño y mi admiración, marchitaríase pronto: allá en las serenas regiones de lo desconocido, a donde se llega por el pasadizo misterioso de la muerte, ha debido encontrar su corona trocada en gloria inmarcesible. Vamos a ensayar, tímidamente, ofrendar al poeta

y trovador desaparecido un manojo de humildes siemprevivas que nacieron en el entendimiento, y que, bien cierto es, abrevan sus más hondas raicillas en la fuente sentimental del corazón. Al fin el dolor se acaba y muere; es efímero, como el placer. La idea es más vigorosa, perdura a pesar del tiempo y del olvido; es, dijérase, incorruptible e inmortal.

RETRATO

Eduardo Calsamiglia era de buena talla, bastante bien proporcionado, más bien grueso, de anchas espaldas y pecho levantado. Tenía suaves cabellos castaños, los ojos de un azul grisáceo, y el color blanco y mate que daba a su cara una aristocrática palidez; la frente ancha y tersa y muy desembarazada. El trazo de su perfil, la abertura de los ojos, la línea de la nariz, y la boca, eran de un bello conjunto, a cuya vista venían a la memoria los rasgos napoleónicos, y se recordaban los perfiles de las heroicas cabezas grabadas en antiguos camafeos. La boca perfectamente visible en su cara afeitada cuidadosamente, era un poco aplastada; tornábase agradable con la sonrisa; el mentón era corto y la mandíbula fina y delicada. Tenía el pie pequeño y las manos, como las de Rubén Darío, eran suaves manos de gran marqués.

Fué siempre de altivo porte y muy reposado en sus maneras; los ojos, habitualmente suaves como un reflejo de la serenidad de su alma, daban a su expresión, cuando meditaba, un sello de melancólica tristeza; se tornaban amenazantes y sus pupilas

se llenaban de una viva luz cuando el enojo colérico le molestaba, cosa que no sucedía sino rarísimas veces. La sonrisa le iba muy bien: parecía nacerle en los labios para inundar luego toda su cara, embelleciéndola. Ganábase con gran facilidad a sus interlocutores, en quienes sus maneres delicadas, su charla amena salpicada de una sutileza peculiar, y las chispeantes narraciones que llegaron ha hacerle uno de los más amables «causeurs» de nuestras tertulias elegantes, despertaban instantáneamente vivas simpatías. Vistió siempre con distinción, poniendo en su tocado una meticulosidad de muchacha coqueta.

Militar por vocación y por escuela—que siempre ha sido el oficio de las armas el más levantado oficio cuando se tiene la lealtad por norma, el valor por culto supremo y el patriotismo por señuelo —supo ganarse en la carrera todos sus grados, desde el galón de subteniente hasta las estrellas del general, todo con su devoto cariño, su espíritu de disciplina y sus dotes excepcionales de honradez y hombría. Como armas y letras muy bien se avienen, sin hacerse ventajas las unas a las otras, Calsamiglia, a la vez que profundizaba en la técnica de las tácticas y los principios de la guerra, escribía versos y cuentos, dramas y comedias para los teatros, madrigalizaba para álbumes y abanicos y se engolfaba en la lectura de los clásicos escritores. Contaba en versos chispeantes historias de muchachas sandungueras, de frailes que encendían velas a Dios y al Diablo y de militares un poco desventurados y faltos de ciencia. Sabía por millares las anédotas

llenas de humor y era satírico y burlón como nuestro recordado Aquileo. Su charla graciosa y picarezca, su manera fina, su apostura distinguida, y un ánimo sereno que siempre tuvo, ánimo que en el militar hacía preveer que era de ese temple de los que en la prueba ni se rompen ni se doblan, así como su enérgica decisión, propia de quien calza en guante suave de fina y sedeña malla la mano resuelta y firme, hacían pensar de él que era

galante con las damas, valiente en la pelea
gentil en los salones y ante el peligro inmoble,

tal como dice al hacer el retrato, y en son de alabanza a sus muchos méritos, de don Rodrigo de Lara, héroe del drama que hoy ve la luz en estas páginas. Y ya que a cuento viene, esbozada así la silueta del autor, tratemos de hablar de su obra, prometiendo a quienes lean, amplio desquite para cuando lleguen al drama, si es que antes no se aburren y saltan los vallados de mi prosa, que son cardos y espinos que protegen el jardín donde florece la lírica del poeta.

BRONCES DE ANTAÑO

El drama heroico que llenó con la fastuosidad de su pompa y con la rotundidez y elegancia de su lenguaje el teatro español del siglo de oro, parece querer resucitar del olvido en que viviera por luengos lustros, para presentarse en las tablas remozado y brioso, evocando viejas edades de hidalguía y de valor. Aplaudidos dramaturgos de la presente generación se han dado, con éxito, a la tarea de tal resurgimiento, y la misma Academia Española de

la Lengua ha rendido el homenaje de sus premios a *Las Hijas del Cid,* tanto como a *En Flandes se ha puesto el sol,* obras del admirado Eduardo Marquina. La crítica ha acogido con benévolo entusiasmo este donoso resurgir del Teatro Clásico, para cuyas nuevas producciones ha sido pródiga en elogios. El egregio poeta granadino Francisco Villaespesa, en cuya sangre debe amalgamarse la del hispano altivo con la del noble y sentimental abencerraje, nos regalaba con este género con sus *El Alcázar de las Perlas, Aben Humeya, Doña María de Padilla* y la bíblica tragedia *Judith.* No nos es dable dejar fuera de cita a *Doña María la Brava, El Rey Trovador* y a *Las Flores de Aragón* del ya citado Marquina, como tampoco a la aplaudida epopeya dramática en versos que Enrique López Alarcón y Ramón de Godoy titularon *La Tizona* y cuyo estreno en la culta ciudad de Buenos Aires despertó los más ardientes elogios y recogió los más entusiásticos aplausos del público, que luego, al conocerla, le fueron confirmados por la crítica de América y de España. Manuel Linares Rivas, el gloriado autor de *El Abolengo* y de *La Raza,* también acoge en su teatro este nobilísimo género, y hace representar en la cortesana villa de Madrid la leyenda de *Lady Godiva,* que la noche de su estreno alcanzó éxito clamoroso, y en la cual se lucen las galas del trovero y campea el más puro estilo del acertado dramaturgo. Y para hablar de nuestra América, que a fuerza de oirse llamar joven se cree con derecho para vivir en holgazanerías y libre de serios empeños, día de gloria será aquel

en que a las tablas se lleve el poema inmortal de Zorrilla de San Martín, el bello *Tabaré,* para cuyo elogio los comentaristas no han escatimado las frases más elocuentes de su admiración, y cuya «mise en scéne» preparan dos literatos suramericanos, según leo en una noticia que da la prensa bonaerense.

Por el derroche de pulcritud, por la factura impecable de los versos, por lo emotivo y vivo del lenguaje, por la fábrica cuidadosa de la escena y del diálogo, así como por lo heroico y noble del asunto, no vacilo en colocar,— como de seguro quien lo lea con espìritu justo y criterio ilustrado tampoco dejaría de hacerlo,— entre las ya citadas producciones, esta de Eduardo Calsàmiglia, escrita a la manera antigua, y que será timbre de orgullo para el teatro costarricense; de fijo que *Bronces de Antaño* no sufrirìa menoscabo si lo sometiéramos a comparanza con las obras más famosas de su mismo género. El lenguaje empleado en aquella fabla suelta y rica del siglo xv, y la acción culminante es un acto abnegado y admirable de un ilustre Capitán de Castilla.

Epoca de la santa guerra de la Reconquista, bajo el reinado de Fernando y de Isabela, a quienes la posteridad habría de conocer luego por el mote de «Los Reyes Católicos»; tiempo de nobles capitanes cuyas altas fazañas y atrevidas empresas habrían de ser asombro de las generaciones y riquísima fuente de ejemplares virtudes; en vida de aquel famoso Gonzalo de Córdova, el bravo entre los valientes, al que en justo homenaje la Historia

llamaría después El Gran Capitán, y de los no menos célebres y fieros Ponce de León, Pérez de Vargas y Hernando del Pulgar, y otros tantos heroicos y batalladores soldados cuyo recuerdo está unido a los más nobles blasones que el valor conquistara; teatro, la ciudad de Alhama recién ganada para mayor honra de sus Reyes, de su Fe y de su fama por el noble don Rodrigo de Lara; y héroe del drama el mismo hidalgo de Lara, de quien tantas lenguas se hacen las crónicas y los relatos. Desarrollando todo esto en alejandrinos plenos de elegancia y ricos de sonoridad, en aristocráticos undecasílabos y en octosílabos tan donosos y fáciles que bien poco tendrían que envidiar, para no decir nada de una vez, a aquellos fluidísimos de los maestros inmortales que se llamaron don José Zorrilla y don Gaspar Núñez de Arce.

La mucha elegancia en la emisión del concepto, lo atractivo y provocante del asunto y lo legendario de aquella época belicosa y aventurera, son vivo acicate para llamada y convite a la curiosidad del lector, que no verá defraudadas sus esperanzas al leer este hermoso drama de que hablo. Escenas de amor, de hidalguía y de abnegación se van sucediendo en su transcurso; las quejas plañideras de la Princesa Zaida traen a la memoria y al ensueño las blancas noches de la Alhambra melancólicamente adormecidas en la luz de la luna, con susurro de fuentes parleras y arrulladas por los ruiseñores amorosos, cuando asomadas al calado ajimez las moras cautivas suspiraban por los negros ojos y la apostura gentil del amado; evocan las serenatas zo-

rrillescas llenas de pasión y de ternura. El retrato que de Lara hace su fiel capitán Vivares, modelo es de la alabanza y de la fe devota que por sus jefes sentían los soldados de la hueste castellana; hay gallarda energía y rancia altivez en la discusión que empeña Vivares con Abd-el-Amir y amoroso amartelamiento, exaltación santa, pasión loca y hasta intento de sacrílego atentado contra la fe jurada y el honor, en las fogosas palabras con que don Rodrigo se dirige a su cautiva princesa en demanda de amoroso acogimiento. Y por fin, el gesto magnánimo y pleno de realeza: la abnegación del de Lara ante la pasión que siente Zaida, la mujer que le malfiriera de amores el alma, por Abd-el-Amir, el rival venturoso del heroico capitán castellano. Teniéndoles en su mano, pudiendo vengarse el desdén de ella y aprisionar al muslime enemigo, les abre francamente los postigos, protegiéndoles generoso con su salvaconducto que los conducirá a tierras moriscas, donde encontrarán propicio cielo y sitio seguro para sus amores. Y él, el altivo hispano, el implacable y fiero soldado, el bravo capitán que fatigara la gloria con sus fazañosos hechos; preso de dolor y de amargura, se desciñe el acero ilustre que lega a su fiel escudero, y ante la expectación de sus hombres, anonadado y abatido, les declara que, abandonando el servicio, va a tomar la senda que lo llevará a la tumba, y finaliza así:

«Y entre tanto, malferido,
iré de calma sediento
a buscar en el convento
tregua, descanso... y olvido».

Sublime renunciación a su gloria futura y a su grandeza pasada, que años después, con el alma rota debía imitar el poderoso Carlos Quinto al enclaustrarse en el Yuste; y que fué de corriente estilo entre los capitanes de alta nombradía y los vástagos de casa grande, en aquella edad de acero, cuyo fulgor ha de perdurar a través de los siglos.

OTRAS PALABRAS Y FINAL

Y del mismo modo que le viste metido por campos de moros y cristianos, hecho cronista y comentador de aquellos años de tizonas y cimitarras, vélo dar un salto por los siglos y colocarse en el número veinte de esta era que vivimos, y escribir en buena prosa *El Combate* que tiene por asunto uno de los corrientes dramas de hogaño.

Y si sale tan bien librado de estas correrías por los campos humanos y terrestres, no de otro modo sale, cuando le llevan sus arrestos a meterse con lo divino e imaginario, escribiendo entonces, lindas comedias y fantásticos dramas, en los que entran personajes de alto fuste como son el Eterno Padre, el mismísimo y temido señor Mefistófeles con todos sus escuderos infernales, los diablillos cornudos y las diablescas, los ángeles y los serafines del reino de la dicha eterna, así como el viejo Pescador que hoy es portero celestial, y los santos y santas benditas, que según es pública voz deben pasarse los años en éxtasis ante el trono del Altísimo, mientras aumentan su embeleso, regalándoles el oído, los cánticos y las músicas celestiales. Y allí están para probarlo *El Diablo en el Cielo, Las opiniones*

de San Pedro y *Poderes Invisibles,* en la última de las cuales obras pinta la secular lucha que en el mundo, y a costa de los pobres mortales, vienen haciéndose el Bien y el Mal.

Ningún autor nacional ha llevado a las tablas mayor número ni mejores piezas teatrales: a las ya citadas añadiremos *Vindicta, Atavismo, ?* y *El!,* las que se han visto estrenadas por actores cuyo nombre de artistas y buena fama de comediantes está bien extendida, como son Esperanza Iris, Evangelina Adams, Alfredo del Diestro, Díaz de Mendoza y el recordado Bernardo Jambrina.

Las revistas literarias de más mérito lo contaron entre sus colaboradores preferidos, y entre sus páginas anda una multitud de versos, en los que campea el más chispeante humorismo y la agudeza más punzante; tiene pocos versos amatorios; a no ser en sus primeros años, cuando estudiaba en la culta ciudad de Barcelona, que fué donde hizo algunos de este género, después los cultivó poco. Entre esa colección de versos sueltos a que me he referido, hay muchos de mérito valioso: elegante y discreto, sabe contar las más picantes historias con sutil delicadeza, sin duda del mismo modo que lo hicieran aquellos rubios abates, de las crónicas cortesanas, a los oídos de las duquesas y pícaras marquesitas cuyo rostro se encendía tras el varillaje del abanico y cuya risa complaciente y miradas curiosas daban venia para seguir a los narradores galantes. Satírico a veces, son sus versos cauterio aplicado a los males sociales; pintor otras, supo, como el poeta de *Concherías,* acertar en sus personajes y

manejar con naturalidad el lenguaje vivo y desnudo de nuestros campesinos honradotes y sencillos. Autor de dramas y zarzuelas, escritor de tácticas y ordenanzas militares, también cultivó la filosofía y la ciencia, sabiendo de astronomía, bastaute de medicina y deleitándose en la gimnasia espiritual que consiste en andar por los campos metafìsicos y desconocidos. Tuvo una admirable facilidad para iniciarse con éxito en toda clase de estudios, consagrándose a ellos con paciente dedicación y cariñoso empeño. De allí que fuera uno de los espíritus más dilectos y mejor cultivados de nuestro paìs, así como uno de los intelectuales de más mérito.

Y aquí, hágote gracia de mi prosa desabrida, pacientísimo lector mío.

Si por acaso, en el transcurso de mis páginas tu benevolencia vió florecer una margarita, blanca y pensativa, sea ella la ofrenda sincera de mi cariño a la memoria del cantor muerto.

JOAQUÍN VARGAS COTO

Enero de 1919.

Debo decir que el autor dedicó *Bronces de Antaño* a la gentil e inteligente señorita Angela Acuña. Como ni en el original ni en otra parte he podido encontrar el envío que para la dedicada hiciera el señor Calsamiglia, a no ser que dicho envío se vea en el prólogo, cumplo con el deber de hacerlo constar.—J. V. C.



BRONCES DE ANTAÑO

DRAMA EN UNA JORNADA Y EN VERSO

DON RODRIGO DE LARA

RETRATO

En la paz, los romances del de Vivar hojea;
imposible es que su ánimo altanero se doble:
en bravo no le vence ni el monarca; y en noble
se iguala a los hidalgos de más alta ralea.

Galánte con las damas, valiente en la pelea;
gentil en los salones; ante el peligro inmoble;
para el combate duro, como el añejo roble
que el solar de su casa solariega sombrea.

Por aquistar favores de monjas y duquesas
escaló los conventos y llevó a cabo empresas
que le dieron renombre de audaz aventurero.

Sin embargo, en sus ojos que miraron la muerte,
hay fulgores oscuros y profundos, se advierte
que el dolor ha bruñido sus pupilas de acero.



PRÓLOGO

Permitidme, señora, que evoque aquí el recuerdo
de cosas que no he visto, pero de que me acuerdo
con una persistencia más fuerte que el olvido:
son remembranzas viejas de esfumados contornos,
anécdotas sin fecha.... dijérase retornos
de las fazañas que hice antes de haber nacido.
Hace treinta y tres años, en este año de gracia,
que vivo entre las máquinas y entre la democracia;
soy hombre de este siglo del auto y del biplano,
siglo de mercaderes y de adocenamientos,
época en que deambulan, torvos y macilentos,
los quijotes que piden a la Esfinge su arcano.
Empero, en esas horas de calma y de mutismo,
en que el hombre parece salirse de sí mismo,
ante mi vista pasan, bajo palios y solios,
ingrávidas visiones de abolidas tragedias,
que emergen de entre el polvo de las enciclopedias
cual si fuesen las almas de los viejos infolios.
Mas no son los reménberes de olvidadas lecturas
los que en mi mente forjan ensueños y vestiglos;
son mis evocaciones imprecisas y oscuras,

son recuerdos muy hondos de guerras y aventuras,
que ilustraron mi vida, hace ya muchos siglos.
Cuando al pie del castelo entonaba cantigas,
cuando brillaba el oro de mis regias lorigas
bajo el luar romanezco, y hurtado de la ronda,
con el acero al cinto,
escalaba los muros de un gótico recinto
para besar las manos de mi princesa blonda.
O cuando de sus ojos, de amores malferido,
le demandé al convento paz, descanso y olvido,
trocando la armadura por los sayales ruines,
y al filo de las doce, cual fantasma nocturno
atravesé los claustros del templo, taciturno,
para entonar salmodias al troque de maitines.
O cuando bajo el hábito vistiendo la coraza
quise llevar los triunfos de la cristiana raza
a tierras de Califas, por mares legendarios,
y siendo al mismo tiempo abad y caballero
lucí sobre mi pecho de creyente y guerrero
escrita en tintes rojos la Cruz de los Templarios.
De esos heroicos tiempos, de esa lejana gloria
que dormita entre el polvo sagrado de la Historia,
voy a evocar agora el recuerdo florido.
Son hechos y leyendas de hombres que ya no existen,
cosas llenas de encanto, que aun extintas persisten,
cosas que si no fueron, debieran haber sido!!

BRONCES DE ANTAÑO

La escena representa una sala morisca del alcázar de Alhuma, ciudad reconquistada por Rodrigo de Lara. En el fondo, dos puertas que comunican, una con una arquería, la otra con el resto del alcázar; a la izquierda se abren otras dos puertas que dan acceso a las habitaciones de la Princesa Zaida y sus esclavas. A la derecha un primoroso ajimez que se supone da a la calle: desde él se ve la ciudad. En las paredes, tapices y cuadros guerreros españoles. Muebles en profusión, moriscos y castellanos. Es de noche: la luz de la luna alumbra la ciudad y penetra por el ajimez en un rayo blanquísimo.

PERSONAJES

Don Rodrigo de Lara....	Abd-el-Amir, noble moro.
Don Alvaro, gentilhombre catellano	La Princesa Zaida, mora cautiva.
	Zelmira, esclava mora.
El Capitan Vivares......	Zoraida, » »
Ruy Gómez, escudero	

Escuderos y soldados de las huestes de Lara. Epoca: últimos años de la reconquista de Granada. Siglo xv.

ESCENA I

La Princesa Zaida; Zoraida y Zelmira

Zelmira

Hoy es el tercer día de la primera luna.

Zoraida

Ab-del-Amir, señora, debe rondar los muros
de este alcázar.

Zelmira

Cuidado!!....

Princesa

Una voz inoportuna
puede perdernos: oyen los tapices oscuros!!
Y esos cuadros guerreros, que la pared profanan
contra las prescripciones del Corán,
me parece que atisban y en silencio se afanan
por conocer secretos que aquì, en mi pecho, están.

Zoraida

Yo espero su llegada.

Zelmira

Tu esperanza adivino.

Princesa

Alah escribe con letras de oro nuestro destino
en los libros eternos: lo que escribió será.

Zelmira

Pero El que hizo con nardos ese rostro divino,
velará porque el llanto no lo marchite más.

ZORAIDA

Las perlas de tus ojos, adorable señora,
esas líquidas perlas que el dolor atesora,
no deben prodigarse en la cautividad.

ZELMIRA

Abd-el-Amir las ama porque nunca Basora
envió joyas mejores a la rica Bagdad.

ZORAIDA

Y hoy viene, desafiando la muerte, a recogerlas;
quiera Alah que en tu rostro las transparentes perlas
por última vez brillen; y que al rayar el dia,
en brazos del amado, que muere por beberlas,
se evapore la bruma de tu melancolía! *(Pausa)*

PRINCESA

Si al pie del minarete llegara con la queda!

ZELMIRA

Colgaré del alféizar esta escala de seda.

(Saca con sigilo una escala que vuelve a ocultar bajo los cojines).

ZORAIDA

¿Es fuerte?

ZELMIRA

Es la más fuerte de todas las escalas.
Con ella un almozábar, por una nazarena,
puede alcanzar la cumbre de la más alta almena.

ZORAIDA

Sin contar que para ello tiene el amor sus alas.

ESCENA II

Dichos y el CAPITAN VIVARES, que entra por el foro.

VIVARES

Sed con Dios, señora mía!

PRINCESA

Que Alah os proteja, Vivares!

VIVARES

Vuestros ojos singulares
dan magnificencia al día,
y en el solar español,
a sus oscuros destellos,
parecen mucho más bellos
los espejismos del sol

PRINCESA

¿Cómo podrán ellos tánto
si anegados por el llanto
fuentes de lágrimas son,
y aunque à todas partes giran
por doquier tan sólo miran
el fausto de su prisión?

VIVARES

Son tales que, aun prisioneros,
lanzan sus dardos certeros
contra los pechos altivos,

y convierten, seductores,
malfiriéndoles de amores
a los libres en cautivos.

PRINCESA

Yo, como Hamet-el-Zegú,
estoy prisionera aquí
en mis propias alcazabas
y en medio de mis esclavas,
soy también esclava.

VIVARES

No!!
Soy más que nunca princesa,
si quisiera Vuestra Alteza
reinar aquí.... Os juro yo....

PRINCESA

No juréis.

VIVARES

Por vida mía!
Este alcázar venturoso,
desde el adarve hasta el foso,
a ser vuestro volvería;
porque tanto mi señor
en adoraros se aferra,
que lo que os quitó la guerra
os lo tornará el amor,
si lo demandan, señora,
vuestros agarenos ojos
al de Lara, que de hinojos,
y en el silencio, os adora.

PRINCESA

¿Don Rodrigo?

VIVARES

El mismo, sí,
el indómito guerrero
a quien implacable y fiero
siempre en los combates ví;
el que enfrente de Carmona,
para cristiana fortuna,
humilló la Media Luna
con la cruz de su tizona;
el terror de los gomeles,
el bueno entre los mejores,
flor de los grandes señores
y espejo de los más fieles:
capitán de tal historia
y de tan altas hazañas,
que apenas si en las Españas
hay lugar para su gloria.

PRINCESA

Os demandáis, capitán,
y de tal retrato infiero
la dirección del sendero
por do vuestras frases van.

VIVARES, *besándole la mano*

No extrañéis que me desmande
y afirme que, si se empeña,
podrá mano tan pequeña
abarcar gloria tan grande.

Hace una reverencia y se va.

ESCENA III

Dichos, menos VIVARES

ZORAIDA

Verdad dice el de Vivares.

ZELMIRA

Bien deja ver don Rodrigo
que su mora prisionera
lo tiene de amor cautivo.

ZORAIDA

Si te plugiese, señora,
domeñar tal poderío,
alcatifa de tus plantas
fueran hoy estos dominios;
que la adarga de tal brazo,
donde no hace mella el filo
de la noble cimitarra
que esgrime el gomel con brío,
no resiste una mirada
de tus ojos, cuyo hechizo,
rescatará, si le place,
lo que el alfanje ha perdido.

PRINCESA

Mal pudieran estos ojos
pedir alafia al invicto;
podrá el llanto oscurecerlos,
podrá la muerte extinguirlos,
pero la traición no puede
trocarlos en fementidos.
Si Alah les prestó fulgores,
también marcóles destino;
por Abd-el-Amir lloraron,
que él les devuelva su brillo.
Cuando interrogan al cielo
por el fin de su martirio,
son suras y no plegarias
las que reflejan altivos,
porque lo que siempre buscan,
más allá del infinito,
es la sombra del Profeta,
no las insignias del Cristo.

ZELMIRA

Alah inspira tus palabras.

ZORAIDA

Él alumbre tus designios.

PRINCESA

Id a descansar, esclavas.

ZORAIDA

¿Y tú?

PRINCESA

Idos, yo me quedo;
mientra al reposo vosotras
entregaréis vuestros cuerpos,
yo velaré: ya la luna

remonta plácida el cielo;
apacible está la noche,
duerme en las hojas el céfiro
y Aldebarán, rodeado
por las Iades, soñoliento,
con alquiceles de nubes
cubre sus rojos destellos,
y parece algún Califa
que se adormeciera oyendo
las kasidas de una hurí
que entona canción de besos.

ZELMIRA

La escala quedará oculta.

ZORAIDA

Cuando el alfaraz inquieto
hiera con los duros cascos
de la calle al pavimento,
soportando sobre el lomo
a Abd-el-Amir, nuestro dueño,
tornaremos a tu lado
para auxiliarte.... y por yerlo.

Las esclavas se van por la puerta de la izquierda.

ESCENA IV

La Princesa Zaida se dirige a la ojiva y apoyada en el alféizar contempla la ciudad dormida, inundada por la luna.

Princesa

¡Ciudad de las sultanas!
Qué triste al luar mi vista te contempla!
¿Dónde están los alfanjes de tus recios zenetes?
Por qué se alzan tan lúgubres tus blancos minaretes,
cual si fuesen fantásticas y altas estalactitas
de una sombría gruta
en donde las miradas de Alah jamás penetran?
¿Por qué guardan silencio de muerte tus mezquitas
desde que en sus recintos con el Corán no impetran
las bocas de los viejos imanes islamitas?
El céfiro no arrastra los perfumes sutiles
que le roba a las flores del Darro en las riberas
y el sol ya no despierta a las voces guerreras
con que le saludaban ayer los añafiles.
Hasta los surtidores de las fuentes moriscas
parece que murmuran dolientes cantilenas,
desde que enmudecieron las guzlas agarenas
que pulsaron los dedos de bellas odaliscas.
Los arcos que alarifes del Califa erigieron
con solidez eurítmica que al Universo asombra,
recogen melancólicos las tinieblas esquivas
y miran a la noche sus esbeltas ojivas
como si fuesen ojos abiertos en la sombra.

ESCENA V

La Princesa Zaida, Ruy Gómez y Don Alvaro

Vivares

Adelante caballeros!!

Ruy Gómez

Vos el primero, Don Alvaro.

Alvaro

Señora.

La princesa hace una cortesía y se retira a su habitación.

ESCENA VI

Dichos, menos la Princesa Zaida

Ruy

¿Esa es la esclava?

Vivares

Sí, Ruy Gómez.

Alvaro

Voto al chapiro!
Aunque la he visto tan sólo
un segundo, he adivinado
tal prodigio de belleza
en su rostro soberano,

que de hoy en más ya me explico
por qué está el de Lara huraño,
y comprendo las razones
que lo guardan en palacio.
Con cautivas de este jaez
se corre riesgo tamaño
de que el noble carcelero
pase a condición de esclavo.

VIVARES

Eso temo; y si no viene
el infierno a remediarlo,
no se libra don Rodrigo
de la esclavitud.

ALVARO

Al cabo
de todos los vasallajes
es el del amor tirano
el único que no mengua
el decoro de un hidalgo.

RUY

¿Y por qué no? Todo yugo
es, para el hombre, menguado;
yo no comprendo, a fe mía,
cómo guerrero tan bravo
depone así su fiereza,
de español y de soldado,
ante una mora cautiva
que, a lo sumo, en el palacio
pudiera, entre los tapices,
servir, si es bella, de ornato.
Flojedad es y desmedro
de los hombres castellanos,

conceder a las mujeres
tal primacía y espacio:
fincan en ellas la honra,
confíanles renombre y rango
y ante sus plantas rendidos
se precian de sus esclavos;
en eso nos dan los moros
el ejemplo a los cristianos,
porque ellos tienen sus hembras
al precio de sus mercados;
toman de ellas la hermosura,
el placer y los halagos,
lo único que las mujeres
pueden donar a sus amos,
y no las llevan al templo
para consagrar un lazo,
que suele hallar adulterios
y perfidias como pago,
si no que las aglomeran
en la paz de sus serrallos
y recolectan la fruta
que Dios señaló a cada árbol:
no piden peras al olmo
como hacen los castellanos.

ALVARO

Tened, Ruy Gómez, la lengua,
que hablando en tal forma, tánto
en desdoro de las damas
envenenáis vuestros dardos,
que puede el más lerdo argüiros
con chiste, adivinando
que quien tanto se lamenta,

sin duda se duele de algo.
Acero en el corazón,
tenéis, Ruy Gómez, clavado,
y respiráis por la herida
como si fueras villano.

ESCENA VII

Dichos y Don Rodrigo de Lara que entra

Rodrigo
Os guarde Dios.
Ruy y Alvaro
Sed con El.
Vivares
La guardia patrulla afuera
y tascando el freno, espera,
abajo, vuestro corcel.
Ruy
Anublan vuestro semblante
sombras de melancolìa.
Rodrigo
No es cosa rara, a fe mía!
Ruy
En vos sí porque....
Rodrigo
Adelante!
Y explica, Gómez, por qué
encuentras extraño en mí
que demuestre, si sufrì,
los pesares que pasé?
Si una sombra a nadie asombra

por qué te admira, tunante,
el dolor que en mi semblante
es solamente una sombra?

RUY

Vuestros vasallos, señor,
lo que os concierne miramos
y aunque no nos asombramos
de las sombras, el dolor
cuando vos lo padecéis
nos contrista.

RODRIGO

Voto a bríos!!
Si los pesares son míos
quiero que los respetéis.
Bien está que de mi hacienda
cada cual haga su agosto
y que medren, a mi costo,
los que lleguen a mi tienda;
para calmar su avaricia
repártanse mi tesoro
quienes finquen en el oro
el imán de la codicia;
y los que intenten su historia
engrandecer a mi vera,
que se ilustren por doquiera
con los restos de mi gloria.
Nunca puse en discusiones
la propiedad de un talego;
jamás ante el Rey alego
los timbres de mis acciones;
de mis caudales no cuido,
mi fama no me desvela,

porque ambos serán parcela
de la muerte y el olvido.
Mas no tolero, señores,
que ninguno comente hoy
mis pesares, porque soy
avaro de mis dolores.... *(Pausa)*
Don Alvaro, según creo,
traéis noticias de la Corte?

ALVARO

Vengo con el pasaporte
de embajador y correo.

RODRIGO

Habla, pues.

ALVARO

Abd-el-Hacem,
soberano de Granada,
diz que tiene enarbolada
la Media Luna.

RODRIGO

Hace bien:
Aprovechando el disturbio
que a los cristianos conmueve
no es de extrañarse que pruebe
sus redes en río turbio.

ALVARO

El Cardenal de Mendoza
y el Prelado de Toledo,
empéñanse, con denuedo,
por encontrar una honrosa
y racional solución
a las cosas del Gobierno
anudando, en lazo eterno,

Castilla con Aragón.
Isabel guarda sus fueros,
el Rey los suyos reserva
y en su despacho conserva
al buen Cardenal Cisneros.
Por otra parte, Boabdil,
al frente de mil gomeles
há plantado sus cuarteles
a lo largo del Genil,
y entre los moros es fama
que el bravo Príncipe espera
volver a izar su bandera
en los adarves de Alhama.

RODRIGO

Aspira a muy alta cumbre
el muzárabe guerrero!
Venga pues! que nuestro acero
se opaca con el herrumbre
con que la paz lo mancilla,
y que al llegar sus falanjes
choquen tizones y alfanjes
para nombre de Castilla.... *(Pausa)*
¿La ronda aguarda, Vivares?

VIVARES

A la puerta.

RODRIGO

Bien está.
La facción comenzará
por el foso y los aduares.
Bajad!

RUY

¿Y vos, don Rodrigo?

RODRIGO

Comenzad la descubierta
y esperadme ante la puerta
de los Jerifes: ya os sigo.

Salen todos menos don Rodrigo.

ESCENA VIII

El DE LARA mira silencioso por la ojiva. La PRINCESA ZAIDA entra, y desconcertada por la presencia del caballero, quiere retirarse; mas éste se vuelve y la saluda con respetuosa y cortesana inclinación.

RODRIGO

Zaida...

PRINCESA

Señor...

RODRIGO

A retirarte ibas?
Por qué me huyen tus ojos hechiceros?

PRINCESA

Don Rodrigo de Lara: las cautivas
suelen mostrarse esquivas
para sus carceleros.

RODRIGO

«Carcelero!»—«Cautiva!».... Esas palabras
me parecen sarcasmos. Libre espacio
te darán los portales del palacio
cuando, con una sílaba, los abras.

PRINCESA

Vos sabéis que esa sílaba provoca
las iras del Profeta, y que conciente
del honor y el deber, mientras aliente,
no las pronunciará nunca mi boca.

RODRIGO

Escúchame:
Treinta años he vivido
sin conocer la vida y sin amarla;
no calculé jamás para arriesgarla
la magnitud del riesgo acometido.
La muerte y el amor, tan sólo fueron
cosas que se plegaron a mi paso;
la victoria, la fama y el acaso,
al astro de mi cuna se rindieron,
hasta que vine a Alhama, y frente de ella,
triunfé para mi mal. Aquí el destino
término señalaba a mi camino
y ocaso a los fulgores de mi estrella.

PRINCESA

Pero fué vuestra, al fin! Afrenta aleve
oscureció los fastos de mi raza
y con la sangre mora el alto Baza
empurpuró su túnica de nieve:
la soldadesca holló nuestras mezquitas
y en sus recintos, con airada mano,
despedazó los libros islamitas
que son tesoros del saber humano.
Por doquiera saciaron su lujuria,
y a sus plantas, la injuria
del pudor padecieron nuestras rehenes;
no respetó misterios su inconciencia:
violó los del amor, en los harenes,
y en los libros violó los de la ciencia.

RODRIGO

Tal vez dices verdad. Se alza cautiva
de la duda, mi ánima que ignora

si son las que llamé glorias hasta ahora,
restos de la barbarie primitiva.
Soy caudillo de la horda que denuestas,
y la mandé, con las pupilas puestas
en la honra de mis Reyes y estandartes;
expuse, en su servicio, vida y arcas,
y por ganarle nombre a mis monarcas,
llevé la destrucción a todas partes.
Mas, no sentí remordimiento nunca
al contemplar la senda recorrida,
hasta hoy, porque parece que se trunca
a tus plantas el rumbo de mi vida!
Alah o Dios lo mandaron. No te asombres
de que junte en mi boca estos dos nombres,
pues desde que te adoro, y en tì sueño,
ya me parece un dios harto pequeño
el Dios que veneraron mis mayores.

PRINCESA

¿Y me amáis de verdad?

RODRIGO

¡Qué si yo te amo!
La pasión inmortal en que me inflamo
más grande es que el amor! Para quererte
no hay espacio en mi pecho, ni cabida
en todos los minutos de la vida
ni en las eternidades de la muerte!
Si a cambio de tu amor, tú me exigieras
cuanto soy, cuanto tengo, y cuanto valgo:
mis cuarteles de hidalgo,
mi estirpe, mi blasón y mis banderas,
todo, todo, lo diera sin enojos,
que por llamarte un solo instante mía

los galardones de mayor valía
son mezquino trofeo ante mis ojos.... *(Pausa)*
.... Hasta el honor!!
Si me dijeras: «Quiero
que mancilles por mi sus sacras leyes»,
yo—que soy castellano y caballero—
sacrificara en esta cruz de acero
el amor de mi Patria y de mis Reyes!

(Al decir los dos últimos versos, el de Lara golpea con la diestra la tizona).

PRINCESA

Esa pasión capaz del sacrilegio
y de la felonía,
hace tremer de espanto el alma mía.
No es lo que yo soñé, no es el arpegio
que preludia, en la lira de las frondas,
la brisa que al pasar las estremece;
ni el canto del arroyo, cuando mece
el cristal movedizo de sus ondas;
ni el arrullo del ave, que reclama
la dulce compañera de su nido:
es la voz del leopardo enfurecido,
que prisionero entre su jaula brama;
el ábrego es, que cuando se desboca,
todo lo desbarata y lo doblega;
es la corriente, desbordada y ciega,
rompiéndose en fragor contra la roca.

RODRIGO

El torrente sin brida
y el ábrego deshecho,
todo lo desolaron en mi pecho
al doblegar el roble de mi vida;

pero no temas, Zaida, que el torrente,
aún en la furia del mayor delirio,
ose siquiera marchitar el lirio
que perdura en el mármol de tu frente.
Podrá tal vez el huracán de fuego
arrebatar en el torbellino ciego
cuanto se oponga a su iracundia insana;
mas para tí, sólo será la brisa
temblando entre los pétalos de grana
que perfuman la flor de tu sonrisa.

ESCENA IX

Dichos y VIVARES, que entra por el foso precipitadamente y con el semblante descompuesto. La PRINCESA, al oir el relato del Capitán, refleja en su rostro la angustia que siente por la suerte de ABD-EL-AMIR, que a tal hora debe rondar los muros del alcázar para raptarla.

VIVARES

¡Señor!

RODRIGO

Vienes, Capitán,
con la faz muy alterada.

VIVARES

Preparando una emboscada
los enemigos están:
Ruy Gómez, hace un momento,
más de cien jinetes vió!

RODRIGO

Si Ruy Gómez los contó
cobra, Vivares, aliento.

VIVARES

Yo mismo vi tres gomeles
cabe la torre moruna
porque la luz de la luna
delató sus alquiceles.

RODRIGO

Entre los tres que contaste
y los cien que Ruy contó,
hay, según entiendo yo,
un no pequeño contraste:
pero demos de barato
que en vez de cien, fuesen mil,
y que viniese Boabdil
a la cabeza del hato,
no encuentro gran maravilla,
ni motivo, vive Dios!,
para alterarle la voz
a un capitán de Castilla.

VIVARES

Señor....

RODRIGO

Repórtate pues;
que retorne el brío a tu alma
y cuéntame con más calma
si eran mil o si eran tres.

VIVARES

Yo vi tres; pero Ruy Gómez,
vió, según me dijo, ciento.

RODRIGO

La cuenta de Ruy, a cuento
es preciso que la tomes.
Prosigue el parte.

VIVARES

Al amparo
de la torre y junto al muro,
en el sitio más oscuro,
vimos moverse algo raro;
dió el «Quién vive?» Ruy, a voces,
nadie contestaba allí;
entonces fué cuando ví
blanquear los albornoces;
dimos al foso la vuelta
para cortarles la huída,
mas ellos, a toda brida,
tomaron fuga resuelta.

RODRIGO

Por ese relato veo
que eran, si tanto corrían,
tres bergantes que andarían
rondando de merodeo.

VIVARES

Al contrario; su apostura
y la de los tres corceles
denotan que esos infieles
rayan a mayor altura.
Son hombres de la falanje
que manda el príncipe moro:
uno usa guadralpa en oro
y damasquinado alfanje.

PRINCESA *(en angustia)*

Cielos!

RODRIGO

Te asombra el derroche
de pormenores que aduna?

Mucho es para ver de noche
con el fulgor de la luna.

(Inquieto, observando la emoción de Zaida).

Mas, qué tienes? Por qué así
tus mejillas palidecen?
Por qué causa se estremecen
esos labios de rubí?....

(Como asaltado por la duda).

....Acaso?....

PRINCESA *(vacilante)*

Tal vez el frìo....
Está la atmósfera yerta
y por la ventana abierta
entra el hálito del río. *(Pausa)*
Si dáis licencia.

RODRIGO

Consiento.

PRINCESA

Voime pues.

RODRIGO

Hasta mañana.

(Zaida hace una reverencia y se va).

ESCENA X

RODRIGO y VIVARES

RODRIGO

Capitán: esa ventana
por donde penetra el viento
que jamás abierta se halle.
Tú sal, y desde la calle

vigílame este aposento.
Sé, si puedes, más callado
que el silencio; más oscuro
que la sombra; y adosado
contra la mole del muro
como si fueses la yedra,
presta a todo atención doble
y mantente tan inmoble
como una estatua de piedra.
Si alguien al pie del balcón
esta noche se detiene,
que lo prendas, me conviene
sin ninguna dilación.
Yo voy a los minaretes
del Jerife para ver
quiénes han podido ser
los misteriosos jinetes.

(Ambos salen).

ESCENA XI

La Princesa Zaida, Zoraida y Zelmira. El salón queda un momento solo. Zelmira abre con sigilo la puerta de su alcoba, saca la cabeza y ojea rápidamente. Desaparece y pocos instantantes después entran en el recinto las dos esclavas seguidas de Zaida.

Princesa

Se fueron, Zelmira?

Zelmira

Sí;
mas cerraron el postigo.

Zoraida

Sospecho que don Rodrigo
siente celos.

PRINCESA

Ay de mí!
Lo que contó el escudero
me hace concebir la idea
de que uno de los tres sea
el que con zozobra espero.
Abre ese balcón, Zelmira;
asómate con cautela,
por si de la callejuela
algún indiscreto mira,
y dime si se ve alguna
señal de que cerca se halle.

(Zelmira obedece e inspecciona con atención).

Ves algo?

ZELMIRA

Toda la calle
está vestida de luna;
hacia lo lejos, en leve
cabrilleo se desata,
y semeja un rio de plata
que corre a una mar de nieve. *(Pausa)*
Señora!

PRINCESA

Qué?

ZELMIRA

Por el Norte
se ve un zenete venir;
es de muy gallardo porte.

PRINCESA *(apartándola)*

Dame espacio!

(Se asoma y mira con fijeza).

¡Abd-el-Amir!

ZORAIDA

La escala!

(*Zelmira la va a traer*).

PRINCESA

Aquí, por favor!
Atala de modo fuerte
y pidamos al Señor
que no suba aquí la muerte
por la escala del amor.

(*Se oye un silbido en la calle*).

ZELMIRA

Su señal!

ZORAIDA (*a Zelmira*)

La cuerda tiende. *Pausa*
Es Abd-el-Amir.

ZELMIRA

Sí, es él.
Ya se quita el alquicel
y hacia el alféizar asciende.

Expectativa.

ESCENA XII

Dichos y ABD-EL-AMIR. Se ve asomar a ABD-EL-AMIR por la ojiva y saltar con presteza dentro del salón. El moro arrójase entre los brazos de ZAIDA. Las esclavas desde lejos miran el idilio sonriendo. Cuando el moro y la PRINCESA están unidos se pronuncian las dos primeras frases del diálogo. Luego ABD-EL-AMIR se aparta para contemplar a su amada.

ABD-EL-AMIR

Por fin vuelvo a tus brazos!

PRINCESA

Abd-el-Amir!!

ABD-EL-AMIR

Mi gentil adorada, mi espiritual princesa!

PRINCESA

Cuántos riesgos corriste por tu cautiva!

ABD-EL-AMIR

Por tí arrostrar peligros es adorable empresa.
Mas ven! Cuatro alfaraces piafando nos esperan.

PRINCESA

¿Tan pronto?

ABD-EL-AMIR

No tenemos minuto que perder:
precisa que los cascos de nuestros potros hieran
dominios de Granada antes de amanecer.
Ven! Y por si en la fuga la muerte nos acecha
déjame que contemple tus ojos de esmeralda,
déjame de tus rizos ver la seda deshecha
dar penumbra de fronda al mármol de tu espalda;
deja que en mis pupilas se hunda tu imagen bella;
déjame que respire el alma de tu carne
en el viviente aroma que se desprende de ella!
Y por si es este el último instante de mi vida,
ofréceme tus labios antes de la partida,
cual si fueran áureos bordes de regia copa
en que amor el elíxir de la ventura vierte
y así, cuando la mía encuentre el de tu boca,
será menos amargo el beso de la muerte!

(*Se besan*).

ZORAIDA

Oyese gente.

ABD-EL-AMIR (*mirando por la arquería*)

Al momento
partamos! Ira de Dios
están tomadas las dos
salidas del aposento.

(*Dirígese a la ojiva con Zaida cogida por la cintura*)

ESCENA XIII

Dichos y Vivares, Ruy Gómez y don Alvaro que entran por las dos puertas del fondo esgrimiendo sus aceros. Síguenlos soldados igualmente armados.

Vivares
Aquel! préndanmelo al punto!

Ruy Gómez
Pájaro es de buena cuenta
y por su porte barrunto
que mil dinares en junto
su rescate representa.
(*A Abd-el-Amir*)
Orden de prenderos tengo.

Vivares
Echadle el guante y en paz!

Abd-el-Amir
No se dan presos jamás
los moros de mi abolengo!
(*Desenvaina el alfanje*).

Vivares
Puesto que ya estás cautivo
rendiros será mejor,
que ha ordenado mi señor
maniataros muerto o vivo.

Abd-el-Amir
No arguyamos, pues, en vano
sobre si me doy o no,

porque no me rindo yo
con el alfanje en la mano!
Empuñad vuestros aceros
y atacadme. Dos caminos
quiere la suerte ofreceros:
o reñir cual caballeros
o matar cual asesinos.
Basta de vanos alardes
y a los hechos contundentes:
uno a uno si sois valientes
o en banda si sois cobardes!

RUY GÓMEZ

Son muchas contemplaciones
con un moro matasiete
que a los palacios se mete
al modo de los ladrones.
Vamos al punto, soldados,
vuestros aceros al aire,
y acosadlo con donaire
por diferentes costados.

ESCENA XIV

Dichos y don RODRIGO que entra precipitado

RODRIGO

Hola! Teneos! Voto a Cristo!
Atacar a un hombre en masa?
No se dirá que en mi casa
tal afrenta se haya visto!
Atrás todos!

PRINCESA

Don Rodrigo!!

RODRIGO

Te conozco Abd-el-Amir.

ABD-EL-AMIR

Y yo a tí!

RODRIGO

Vàs a medir
tu acero, a solas, conmigo,
que cuando un infiel arroja
entre españoles el guante,
siempre encuentra por delante
un hombre que lo recoja.
Y vosotros, en espera
del final, quedad allí
hasta la finta postrera:
en caso de que yo muera
que él salga libre de aquí;
nadie riña de mí en pos
que si la muerte me alcanza
encomiendo mi venganza
sólo a las manos de Dios.

(*Desenvaina*).

En Guardia!

ABD-EL-AMIR

Sin dilación!

PRINCESA (*se interpone entre los dos*)

Sabed antes de reñir
que con el de Abd-el-Amir
partiréis mi corazón!

RODRIGO

¿Tú le amas?

PRINCESA

Con loco empeño,

con fe infinita, y así
como vos vivís por mí
por él vivo y con él sueño.
Mi amor tiene la fragancia
de los cándidos jazmines
que brotan en los jardines
perfumados de la infancia;
junto a él aprendí el lenguaje
con que expresa el ruiseñor
su alegría o su dolor
cuando entona en el boscaje
sus cantinelas de estío,
y descifra las congojas
de las desprendidas hojas
que arrastra secas el río.
Y yo misma en su mirada
me conocí a los reflejos
del luar, pues fuerōn sus ojos
los dos primeros espejos
en que me ví reflejada.
A su lado, en noches bellas,
el nombre del dios que siento
escrito en el firmamento
ví con cintilar de estrellas.
Y por él, en estas puras
noches de silencio y calma
sentí germinar en mi alma
el consuelo de mis suras.
Por eso, estándole unida
con tantas reminiscencias
son nuestras dos existencias
partes de una sola vida!

RODRIGO

No sabes cuánto tormento
ni cuánta acerba amargura,
hay para mí en la dulzura
de tu melódico acento!
En la música divina
que de tus palabras brota,
un puñal es cada nota
que penetra y asesina.
De qué me sirve arrancar
la vida al moro que adoras,
si el cariño que atesoras
por él, ha de perdurar?
Para qué guardar aquí
tu cuerpo perpetuamente
sabiendo que tu alma ausente
está muy lejos de tì?
Para qué, con pasión loca,
besar tu boca a porfía,
si a los besos de la mía
soñarás con otra boca?
Para qué, con ceguedad,
quererte de esta manera,
si no he de poder siquiera
darte la felicidad?
Vete Zaida! Vete y dì
que era mi amor fiero y rudo,
pero enorme, cuando pudo
sacrificarse por tì.
Franca tenéis la salida:
vete con él, pero advierte

que me estoy dando la muerte
al otorgarte la vida....

(La Princesa quiere besar la mano de don Rodrigo).

Alza!
Y aléjate en calma,
porque tu agradecimiento
sólo acicata el tormento
que me dislacera el alma.

ESCENA XV

Los mismos

RODRIGO

Alváro: tu potro ensilla
y sin otra dilación
llevarás mi dimisión
a los Reyes de Castilla.

VIVARES

¿Dejáis el servicio?

RODRIGO

Sì!

RODRIGO

Y al envainar esta espada
queda tambien sepultadá
la historia de lo que fuí.

(A Vivares)

Recógela tú, el más fiel
Capitán que ciñó acero:
toma el mío, porque quiero
que me recuerdes con él.

(Se quita el cinturón y se lo entrega a Vivares).

Herédelo tu valor
porque tú sabes que, altivo,
ni lo saqué sin motivo,
ni lo enyainé sin honor.
Consérvalo siempre pulcro
en la paz y en la contienda.

VIVARES

¿Y vos?

RODRIGO

Tomaré la senda
que ha de llevarme al sepulcro;
y entretanto, malferido,
iré, de calma sediento,
a buscar en el convento
tregua, descanso.... y olvido

TELON

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un solo autor
Precio: 30 céntimos ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

1 *Las Vírgenes Locas,* Vicente Blasco Ibáñez.
2 *Clopinel,* Anatole France.
3 *Homenaje a Francia 1917.*
4 *La Escuela Altruista,* Anselmo Lorenzo.
5 *Lecturas,* Angel Ganivet.
6 *La Basílica Fantasma,* Pierre Loti.
7 *El Príncipe Feliz,* Oscar Wilde.
8 *Miscelanea literaria,* Juan Maragall.
9 *La Ciencia y la Metafísica,* Carlos Gagini.
10 *La vida que pasa,* Eduardo Zamacois.
11 *El Estado Docente,* Ricardo Castro Meléndez.
12 *La canción triste,* Vicente Medina.
13 *Del momento fugaz,* Leonardo Montalbán.
14 *Homenaje a Francia 1918.*
15 *Desde Europa,* José Enrique Rodó, 1.ª serie.
16 *Diálogos sobre la belleza,* Francisco Pi y Margall.
17 *Páginas selectas,* Jacinto Benavente.
18 *Antología Hispano-Americana,* Nicaragua.
19 *Malos vecinos,* Georges Clemenceau.
20 *El Patio Azul,* Santiago Rusiñol.
21 *De sobremesa,* Jacinto Benavente.
22 *Bronces de Antaño,* Eduardo Calsamiglia.

EN PRENSA:

23 *Significación Histórica del Movimiento Maximalista,* José Ingenieros.
Prometeo, Ramón Pérez de Ayala.

